

## JORNADAS MONETARIAS Y BANCARIAS 2010 DEL BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Ricardo Forster. *Profesor Titular, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.*

Buenas tardes. Quiero agradecerle a Mercedes esta invitación. Venir a este lugar es para mí bastante insólito, lleno de economistas pero Pepe Nun me hizo un gran favor porque recorrió con vértigo y precisión un tramo clave de la historia del país, del mundo y de América Latina, como para permitirme a mí ir por otro lado. Yo no voy hablar de economía, no hay nada más desagradable que un aficionado hablándole a gente que ha desplegado a lo largo de su vida la inquietud económica, sería un abuso, un abuso de confianza, podría hacerlo con un amigo economista, y decirle que lo que piensa, por ejemplo, no está demasiado bien. Voy a tratar de hablar de otras cosas. Voy a tratar de hablar de las mutaciones que yo creo que se están expresando fuertemente en este tiempo que, arriesgaría a decir, es extraordinario para gran parte de América Latina, particularmente para la Argentina.

A veces cuando estamos enfrascados, estamos demasiados metidos en el presente y mucho más en esta época donde los flujos del presente, donde la instantaneidad, los fervores del aquí-ahora parecen obnubilarnos y reducir toda la escena de toda la historia al puro presente. A veces es fundamental ser capaz de mirar hacia atrás, de reconstruir con esfuerzo conceptual otro momento de la historia, otro modo de narrar la historia, la economía, la política, la sociedad, el Estado, para entender qué hemos olvidado, qué hemos perdido en el camino, o qué hemos recuperado después de muchos saqueos que se pudieron producir en el medio.

La década de los '90, voy a ser muy rápido, el tiempo es breve, fue un gigantesco saqueo intelectual. Fue una década de enormes chantajes, fundados en una transformación económico, político, cultural decisiva que a su vez heredaba en gran medida lo abierto por ese giro vertiginoso de la historia mundial que comenzó en los '80 y que lleva a la forma del neoconservadurismo, que lleva los nombres de Reagan y de Thatcher, que fue generando las condiciones no sólo de una transformación económica, de una transformación de patrones de acumulación, de una transformación de la lógica del sistema, la lógica del capitalismo, en las modificaciones sustanciales del rol del Estado, sino que fundamentalmente también fue una enorme transformación cultural civilizadora. Si no entendemos que lo que se llama neoliberalismo, podemos buscar otros nombres, pero lo que se llama o llamó neoliberalismo a lo largo de las últimas décadas fundamentalmente supuso una mutación en la sensibilidad, una transformación decisiva -y discúlpenme si uso otros lenguajes- en la subjetividad, en los imaginarios sociales, en las formas culturales, en la comprensión que los individuos tenían de su propia vida y de la vida de los otros, entenderíamos muy pocos la persistencia, la continuidad, la potencia, en la cotidianidad, en la vida del presente, de algunos rasgos, de algunas categorías, de algunas concepciones que estallaron en mil pedazos, pero que siguen fervorosamente alimentado mentalidades, concepciones, comprensiones y sensibilidades.

Un grupo de viejos y notables historiadores franceses del siglo XX que construyó la teoría de las mentalidades o la concepción de los tiempos de larga duración, decía que lo más difícil de modificar, lo más difícil de transformar son precisamente esas formas atávicas, esos mundos tradicionales, esas estructuras subterráneas que pese a acontecimientos fenomenales, como puede ser una revolución, sin embargo persistían.

Yo creo que de alguna manera siendo aún contemporáneo o siendo testigo de una fenomenal crisis estructural de un modelo de hacer, de un modelo de construir sociedad como es el que ha dominado hegemónicamente prácticamente las últimas tres décadas de nuestra historia, pese a que somos testigos de una crisis paradigmática, somos testigos de la necesidad imperiosa de pensar profundamente el sustrato de esas ideas, en gran medida persiste como olas subterráneas un modo de percepción, un modo de comprensión, una manera de producción de sentido, de subjetividad, que desvía o impide en muchos casos que transformaciones imprescindibles que comienzan a desplegarse en nuestras sociedades a nivel de la reconstrucción, incluso de las máquinas estatal, pueden ser capturadas por amplios sectores que habitan en el interior de nuestra sociedades. Particularmente, en las amplias clases medias que están profundamente atravesadas, escritas, conquistadas por gran parte de esas experiencias que organizaron la vida económica, social, cultural de los últimos 30 años. Pero también hay que señalar que lo que ha regresado sobre el escenario, Pepe lo plantea muy bien, lo que ha regresado sobre el escenario de nuestro presente o actualidad es otra manera de pensar la democracia, otra manera de introducir algunos conceptos que habían sido expulsados de las bibliotecas. En particular, una idea, que es de origen griego pero que generalmente ha sido olvidada: que la democracia es siempre, y ha sido desde sus comienzos, un litigio por la igualdad. El núcleo de la democracia es precisamente el momento exacto en el que los muchos, los incontables de la historia, vamos a llamarlos así, son invitados a participar de una mesa donde está todo servido pero cuando se sientan no se les convida nada de lo que hay en esa mesa, en ese momento empieza la política. En ese exacto momento en el que la riqueza, la economía; el *oikos*, en la tradición griega, aquello que produce riqueza no se despliega al modo y en correlación con la fabulosa invención de la idea de la democracia que es la distribución isonómica de los cuerpos y de las palabras en relación a un centro. En ese momento, 2.500 años atrás, comienza lo que hasta el día de hoy estamos discutiendo. Estamos discutiendo la distribución, estamos discutiendo la igualdad, estamos reintroduciendo en la escena contemporánea conceptos y palabras que habían sido vaciadas, devastados y expulsados del centro de la escena.

Porque a las palabras les pasa como a las personas o a las ideas, también sufren el paso del tiempo, las mutaciones, sufren el olvido, la pérdida y la extenuación. Durante los '90 parte de nuestro vocabulario, de nuestra formación académica, de nuestra disputa cultural e ideológica quedaron reducidas al trabajo erudito de los historiadores de las ideas. Si uno hiciese el esfuerzo, sobre todo los que son más veteranos en esta sala, de recordar la composición de su biblioteca, los libros que ocupaban cierto lugar en los '60 después en los '70, y se preguntase qué le pasó a esos libros, y cuáles comenzaron a ocupar lugares hegemónicos en los 80 y en los 90, seguramente haciendo la arqueología de su propia biblioteca podrían comprender como el flujo de las ideas, de las ideas dominantes y hegemónicas, va moviéndose en función de los cambios históricos, sociales, políticos. En algún momento nos anunciaron de una manera festiva y elocuente que había llegado el fin de la historia. Recuerdan todos ustedes a Francis Fukuyama, un lector aficionado de Hegel, descubrió que en realidad el fin de la historia era la culminación de un recorrido que tenía dos componentes. El mercado, liberado de todas las trabas en el interior de la globalización, extraordinario eufemismo que desarraigaba la pregunta por el sistema, por el funcionamiento del capitalismo, por las desigualdades, etc., y por otro lado el triunfo de la democracia liberal. Las dos formas, que son una, que se entran, diseñan de una vez y para siempre una escena del mundo donde el conflicto desaparece de escena. No hay más conflicto porque en el mercado hay intercambio, en el mercado hay modos a través de los cuales el consenso, el gerenciamiento y recuerden ustedes que la invasión del lenguaje del management sobre la vida cotidiana, las ciencias sociales, la economía, la cultura y la política fue lo

dominante en los últimos 30 años de nuestras sociedades. Las palabras que venían del mundo empresarial, las palabras que nacieron en las tramas mismas de ciertos lenguajes económicos desplazaban, y parecía que de una vez y para siempre, la lengua de la política, la lengua de filosofía, de la cultura, las preguntas inquietantes respecto aquello que excede a la respuesta económica. Acá hay muchos economistas y no tengo nada en particular con los economistas, yo tengo una querida amiga que es economista, pero hay algo que tiene que ver con las hegemonía discursiva, con una retórica de la inexorabilidad, del tiempo histórico acontecido de una vez y para siempre y de formas de realización, que parecían impedir de una buena vez por todas la emergencia de otras posibilidades, de miradas críticas, de insurrecciones intelectuales respecto a una época que creía haber llegado a la eternidad. Porque esto también hay que decirlo, que el discurso neoliberal, el discurso hegemónico de los años '80-'90 creyó haber tocado el cielo con las manos, haber alcanzado la eternidad de los dioses y sobre esa lógica de la eternidad bombardearon a los pobres seres humanos y la mayoría de nosotros, mirando un tiempo de devastación de viejas tradiciones que parecían de una vez para siempre arrojadas al museo de la historia, decíamos bueno parece que hay algo de verdad en todo esto, habrá que refugiarse en algunos lugares, manejar viejas tradiciones pero como esperando vaya a saber qué tiempo.

Los desafío, a cualquiera de ustedes a que se trasladen imaginariamente a mediados de los años 90. Que sin salir de América Latina, porque estamos hablando de América Latina. Que se trasladen a América Latina y que hagan el esfuerzo sincero de, instalados en la década de los '90, de imaginar lo que sucedería en 2010. Muy pocos, me gustaría leer algún texto de 1994, 1995 por politólogos o economistas hubieran podido sin ser acusado de alucinados, proyectar la complejidad extraordinaria de nuestros días, y eso más allá de que nos puede gustar más o menos los diversos procesos sociopolíticos que se están desplegando en nuestro continente. Pero no cabe duda que lo que ha retornado sobre Sudamérica, y yo lo celebro profundamente, es la política. Y la política le hace un gran bien a la economía, es fundamental reintroducir la política en la economía, salir de los discursos auto referenciales, de cualquier índole, que suelen asumir la forma de lo tecnocrático, para abordar otros discursos y otras lógicas que tienen la forma de los sujetos sociales, de los sujetos políticos para, de esa manera, interrogar, bajo otras condiciones, por qué sucedieron ciertas cosas. Por qué el Consenso de Washington. Por qué la década de los 90 fue la década de más desigualdad en la historia del continente. Por qué gran parte de los pueblos de Sudamérica iniciaron en el giro del siglo la construcción de otras experiencias políticas, esta es una pregunta que debiéramos hacernos. Por supuesto acá habrá infinidad de debates. De qué manera el Estado interviene, regula. De qué manera las viejas posiciones keynesianas pueden reinscribirse en las lógicas de la actualidad. Qué le pasa al mundo del trabajo. Qué le pasa al horizonte de la producción. Qué le pasa a la moneda, tema de ustedes, ¿será un fetiche, tendremos que discutir el apartado sobre el fetichismo de la mercancía, del tomo I de El Capital, para volver a discutir la función de la moneda? Tal vez sí. Tal vez deberíamos volver a discutir a Weber, a Marx, a Keynes. Y hay que celebrar que ésta época, a diferencia de otras, es una época de debate, de disputas. Pepe lo decía extraordinariamente bien. En un momento donde se disputa, y ustedes lo saben mejor que yo, el núcleo del capitalismo, que es la renta y su distribución, el conflicto es el corazón de la política. Mientras que en los '90 no había política. La política estaba vaciada, desvastada. La política estaba reducida a su mínima expresión, a “gestión, administración, a consensualismo o a reunión de directorio de empresa”. La política regresa cuando en el interior de las sociedades democráticas, que por suerte son nuestras sociedades, de nuevo reaparece el litigio por la igualdad. Entonces instalados en la década del '90, pregúntense por un instante, si se hubieran imaginado que a Menem, Collor de Mello, Fujimori, el ecuatoriano Bucaram y algunos otros, los hubieran

sucedido un obrero metalúrgico en Brasil, un indio Aymara en Bolivia, un educado académico de la izquierda de tradición cristiana en el Ecuador, un ex obispo formado en el Concilio de Medellín y la Teología de la Liberación en el Paraguay, una experiencia como la que se abre el 25 de mayo de 2003 en la Argentina, que tiene mucho que ver con el giro fundamental con todo un patrón de organización de modo de acumulación y de apropiación de la renta. Seguramente si hubiéramos tratado de proyectar esto en los años '90, no hubiéramos tenido palabras, ni lenguaje, porque el lenguaje y el concepto habían sido expropiados, habían sido vaciados. Hoy podemos disputar de otra manera, podemos entendernos de otro modo, incluso allí donde no pensamos de la misma manera, porque lo que descubrimos por suerte es que no hay ni inexorabilidad, ni eternidad y lo que hay es disputa, desde siempre, desde la antigüedad griega por la igualdad en el interior de la democracia.